

Las nuevas formas del amor

Los cambios en la familia y la sociedad acompañan la transformación del sentimiento amoroso, dice Eva Illouz, la autora de "Por qué duele el amor", poco antes de llegar a Buenos Aires.

POR Pablo E. Chacon



EL AMOR ROMANTICO. La historia de Tristán e Isolda representa la idea de un sentimiento sublime.

Eva Illouz estudió en París y en Jerusalén donde es profesora del departamento de antropología y sociología; también ha sido profesora visitante de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales y de la Universidad de Princeton. Sus áreas de investigación comprenden la historia de la cultura emocional, el significado moral de la modernidad tardía y el impacto del capitalismo sobre la subjetividad. En los próximos días llega a la Argentina para presentar su nuevo libro, **Por qué duele el amor** (Katz Editores, en coedición con Capital Intelectual), y para dictar una conferencia, el miércoles 24, en la Fundación OSDE: "Una nueva cultura de las emociones. ¿A qué llamamos amor hoy?". Esta es la entrevista exclusiva que mantuvo con **N** desde Jerusalén.

-Luego de estudiar largamente el tema, ¿qué definición daría del amor y del dolor que éste podría causar?

-Permitame distinguir entre amor y amor romántico. El amor romántico puede encontrarse en muchos textos antiguos, como una tradición codificada, con su propio género y sus propios héroes e historias. Esa tradición se remonta unos 500 ó 600 años en nuestra cultura y ha abarcado gran parte del campo que alguna vez estuvo reservado a las emociones religiosas. Pero en algún momento, en sintonía con el afianzamiento del capitalismo y la estratificación social, las cosas empiezan a girar en torno a una persona, única, que domina nuestros pensamientos y sentimientos a veces de forma obsesiva. Esa persona representa todo aquello que es perfecto, único, absoluto, total y eterno. Y los amores anteriores dejan de existir. En la cultura occidental elevamos ese tipo de amor trascendente a la categoría de un ideal. Al mismo tiempo, sabemos que es efímero y que puede ser destructivo. Y es por eso que se definen distintas formas de amor, el apego, por ejemplo. Como muchos otros, ubico el origen del amor romántico en la variante del amor cortés que surgió en Francia en el siglo XII. Pero también podemos pensar sus orígenes en los comienzos de la familia burguesa y el triunfo de la novela en el siglo XVIII. La historia de Tristán e Isolda es muy anterior, y esa pareja sin duda representa la idea del amor romántico. El amor romántico es una emoción casi violenta que nos vuelve locos y que quiere tomar posesión del otro. Es un sentimiento sublime. No es apego ni afecto, y nos hace sentir que nuestra existencia tiene una dimensión mucho mayor, que trasciende los límites convencionales. El amor, entonces, casi por definición, es doloroso, implica una pérdida de soberanía, de autonomía. Lo interesante es que nuestra cultura hace que el amor sea una cuestión central, al tiempo que vuelve menos legítimo el amor sublime, trascendente. ¿Cómo? Haciendo que la propia voluntad quede devaluada porque es otro quien la determina. La psicología popular, sumada al individualismo voluntarista, ha hecho de la experiencia tradicional del amor romántico una patología.

-¿El amor es una invención fechada o un elemento a priori de la condición humana? Si así fuera, ¿cuál sería la causa que lo desencadenaría?

-La forma cultural del amor cambia. Tomemos la famosa imagen del amor en Platón: la de **El banquete**. En ese texto, el amor no se presenta como una emoción que surge de forma repentina e interrumpe todo, sino más bien como algo gradual; algo que no apunta a una sola persona sino a muchas y en última instancia, a la verdad; algo que empieza en un plano exclusivamente físico y luego se hace espiritual, casi sin contenido emocional. Esta idea difiere mucho del tipo de amor romántico que codifica la cultura cristiana. El amor que genera una persona y es absoluto, leal, eterno, que se parece a la relación del creyente con su divinidad. El amor es una emoción, pero se la vive a través de guiones sociales que especifican cuando es exitosa, y que implica al papel de la sexualidad, la expresión, las reglas de cortejo. El amor siempre es objeto de regulación, por más que parezca estar por encima de la sociedad o más allá. En la modernidad, el individualismo está muy regulado en términos sociales, y el amor es una de las formas en que la gente construye su identidad. En la Edad Media, se lo hacía yendo a un monasterio. En la actualidad forjamos nuestra individualidad por medio de proyectos emocionales. El amor es una pieza clave de esos proyectos.

-Si el amor es una clase particular de relación social, ¿es posible que haya sociedades en las cuales, al margen de las necesidades reproductivas, el amor no exista como tal?

-Tomemos una sociedad en la que no existe el amor romántico, el amor cristiano que mencioné antes: la sociedad china. El amor que existe en esa tradición es el que hace hincapié en las acciones y el deber, mientras que el otro defiende un amor universal. En China, el Ren, por ejemplo, se concentra en el deber, la acción y la actitud, mucho más que en el amor en sí. El Ai es el amor benevolente, que se supone reemplaza el apego a la familia y a las estructuras de clan por el concepto de "amor universal". El Ai debe ofrecerse de forma incondicional a todos sin esperar reciprocidad, no sólo a los amigos, la familia y otras relaciones confucianas. Es cierto que más tarde se adoptó ese término (Ai) para hacer referencia a un amor apasionado, y se lo consideró un deseo fundamental. Pero esa discusión se da al interior del budismo chino. En chino contemporáneo, Ai suele usarse como un equivalente del concepto occidental de amor. Con un sentido muy específico de responsabilidad, compromiso y lealtad. En lugar de decir "Te amo", como pasa en Occidente, es más probable que los chinos expresen sentimientos de afecto de forma más casual. En consecuencia, "Me gustas", es más habitual. Pero muchos chinos (y japoneses) hoy dicen "I love you" para expresar algo que difiera del afecto moderado que transmite su lengua. Es por eso que el amor es una forma de imaginar nuestra relación con otro. Es una forma de organizar nuestra energía emocional en palabras, ritos, formas de relación con la familia y la reproducción biológica.

-¿Qué impacto tienen los avances técnicos en la estandarización del amor?

-En principio, hay que decir que no sólo la tecnología estandariza el amor; también lo hacen las psicologías que se han institucionalizado a través de los medios, y el asesoramiento en escuelas y organizaciones, y también, por supuesto, la sexualidad. Ese proceso tiene lugar al mismo tiempo que se da una singularización de los gustos románticos. Se trata, si se quiere, de la dinámica de la modernidad que describió Foucault: singularización y estandarización. Observamos esa dinámica también en el amor romántico. La psicología ha incorporado gran cantidad de técnicas culturales para medir las emociones, cambiarlas o adaptarlas a un modelo de amor saludable y maduro en el cual la sexualidad y la intimidad se combinan con la independencia. Estandarizar el amor significa que la pasión y el deseo se ven regulados por ideales de salud y normalidad. Pero la gente –sobre todo los jóvenes– cada vez siguen más los protocolos tecnológicos para conocer a otros, como pasa en los sitios de encuentros en Internet. Lo que resulta llamativo de la experiencia romántica moderna es que el amor, que se supone es el ámbito de las vivencias más personales y originales, soporta y se adapte a la presión de los modelos de salud mental y emocional por medio del uso de buscadores y redes estandarizadas y controladas por gustos, personalidades y preferencias emocionales.

-¿Piensa que el carácter privado del lazo social entre fin del siglo XX y el presente ha derivado en una nueva concepción de la familia y el amor?

-La familia ya no es privada, sino que es un lugar muy público que observan abogados, asistentes sociales, psicólogos, feministas. La familia fue privada durante un breve período, en el siglo XIX, pero se ha vuelto nuevamente pública por medio de la mirada y el saber de ciertos profesionales. Si a eso se suma la invasión generalizada de los programas televisivos de debate y los reality shows, se comprueba que la familia ha pasado a ser un dispositivo público y administrado. Nuestras emociones se encuentran bajo observación de cantidad de sistemas de control.

-Ulrich Beck abordó el uso de las nuevas tecnologías de la información en las relaciones en "Amor a distancia". Usted lo tomó en "Intimidaciones congeladas". El amor no es sólo una cuestión de distancias geográficas, sino también de proximidad virtual y de distancias existenciales. ¿Qué piensa al respecto?

-No lo creo. Tradicionalmente, el amor ha sido una forma de reconocimiento que difiere de otras: hace que el cuerpo, los ojos, la voz, la presencia inmediata del otro pasen a tener una enorme importancia. Se ubica en el plano de lo que no puede decirse, de lo que no puede formularse, porque es corporal, concreto, inmediato. La persona amada es una entidad muy concreta, no es virtual. Si esa persona está ausente, el amor pasa por hacer presente a quien está ausente. Es por eso que buena parte de la tecnología moderna tiende a reducir la distancia geográfica. Pero no hay duda de que estamos ante un cambio: el propio significado de la presencia cambia cada vez más por medio de las tecnologías digitales. Dos personas que se hablan, desde distintos lugares pueden instalar dispositivos que transmiten al otro algunas sensaciones físicas. Es una transformación al estilo cyborg, en la cual la tecnología asiste, transmite y "siente" las emociones.

-¿El amor es una sobrestimación o un déficit de nuestra "autoestima" o de la imagen del yo? ¿Cómo es posible? ¿El amor es tan poderoso?

-No soy psicóloga. Como socióloga puedo decir que el amor debe proporcionar una extraordinaria sensación de reconocimiento social, del propio valor y de la singularidad. Y que eso está muy relacionado con la transformación del individualismo en la modernidad. El amor es poderoso precisamente porque exige un reconocimiento absoluto. Pero las cosas están cambiando: ahora, la exigencia de reconocimiento debe negarse. Tenemos que fingir que no nos importa, o por lo menos que no nos importa demasiado. La "frialidad" es la figura principal de la individualidad moderna. Esa figura, claro está, es una forma de negación del amor.

-¿Qué piensa del concepto del amor en el psicoanálisis de Freud y de Lacan?

-Me interesan sus efectos culturales, no la definición. El efecto que me interesa es el de hacer que la gente analice eso que acordamos en llamar inconsciente, bien para entender las características deficientes del amor y la psiquis, bien para entender la relación entre el amor y la infancia. Y me interesa también el hecho de que en nuestros relatos sobre el amor sea tan importante lo que está conformado por los guiones psicológicos del yo y la psiquis.

-En un mundo amenazado por la hipervigilancia y las crisis, ¿qué significa la palabra intimidad?

-En primer lugar, no quiero que se interprete que mi respuesta es sobre lo que la intimidad debería ser, ya que en líneas generales, estamos demasiado preocupados por lo que debería ser. En segundo término, pienso que la intimidad no es algo opuesto ni desconectado del plano económico. Buena parte de mi trabajo consiste en demostrar que ambas dimensiones están íntimamente relacionadas (no es un juego de palabras). Es imposible separar el capitalismo de la intimidad. El capitalismo ha colonizado y hecho pública la intimidad.

-¿Qué le depara el futuro al amor en la sociedad actual?

-Más opciones y estrategias más elaboradas. Cantidad de abogados trabajan en la legalización de la poligamia en Europa: se habla del poliamor. La castidad y la monogamia estricta, lógicamente, también aumentarán, como respuesta a ese mayor número de opciones.

-¿El amor se ha "puesto de moda" en la actualidad?

-"Puesto de moda". Buena expresión. Tal vez sea porque buscamos formas de vivir sin amor. En cierto sentido, el amor, lentamente, va desapareciendo. Y como pasa casi siempre, estudiamos mejor lo que ya no está entre nosotros.

Traducción de Joaquín Ibarburu